

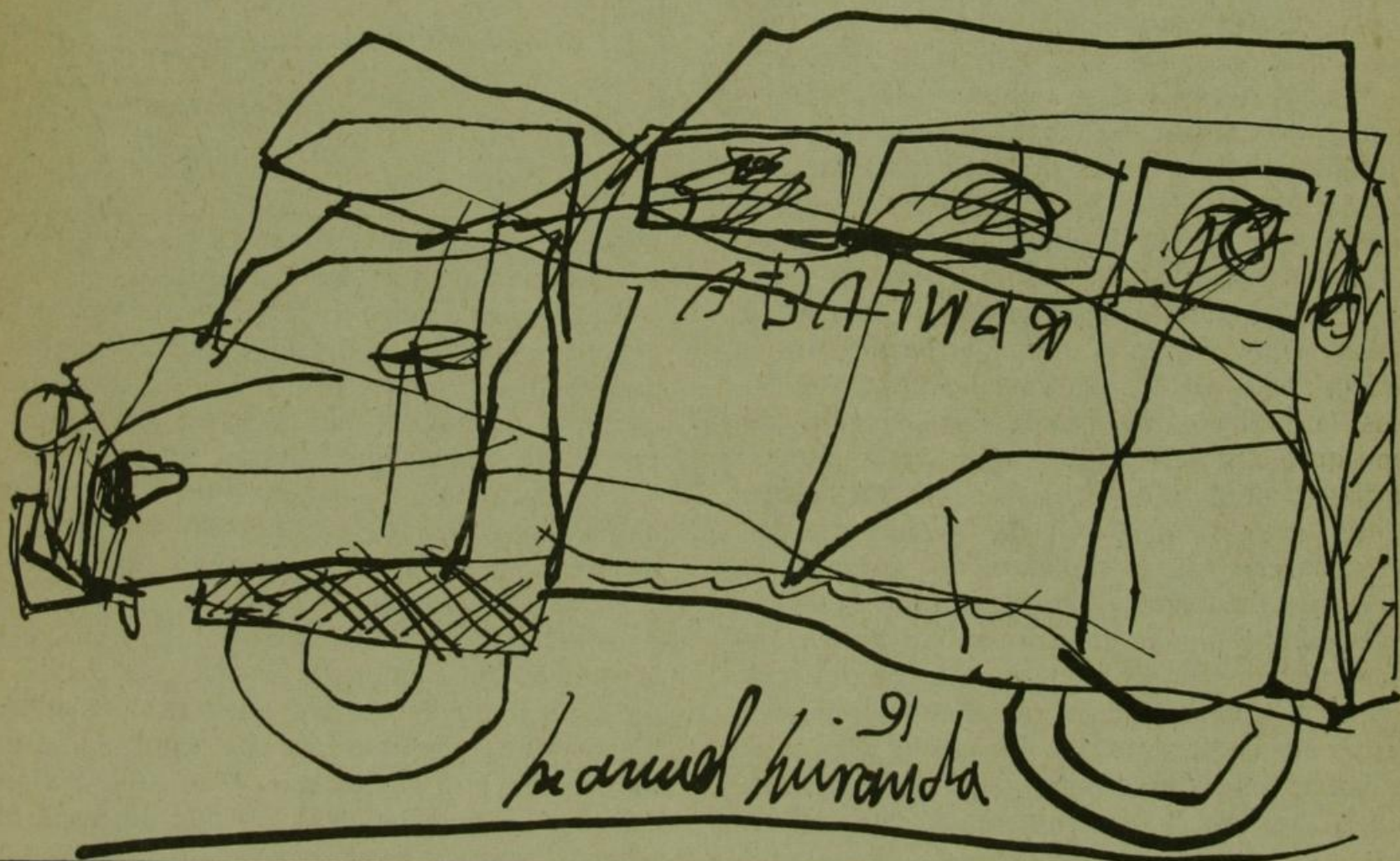
Quince años

Felipe de la Lama

Cuando oímos hablar de 15 años las imágenes que acuden a nuestra mente son, por lo general, espeluznantes: vestidos que sucumben bajo el peso de moños, tules, cintas y olanes que recrean pasteles de la más indigesta repostería, un pastel que recrea el vestido de la agasajada, hielo seco, chambelanes empaquetados en sus hoy angostos trajes de primera comunión o smokings (alquiler de ropa para toda ocasión), y objetos varios (Recuerdo de mi 1ra.

se me anunciaba el singular y nunca visto acontecimiento: los quince años de aquella niñita a la que vi nacer. Debo aclarar que nunca he visto nacer a nadie porque mi profesión es ajena a la obstetricia, pero nunca falta quien haga la mencionada referencia, aunque no sea más que por echarme en cara la edad.

Afortunadamente los hombres no somos presentados en sociedad, pretexto para quinceañescas fiestas, porque se supone que nos presentamos solitos. Nuestra participación se limita a ser chambelanes con todos los suplicios que eso implica, desde el ropaje antes



Comunión) en cerámica, plástico o cartoncillo, según el costo del Salón donde se perpetra el aniversario.



A mí, en lo personal, todo ello me provoca una gran ternura. Ya superé el escalofrío que me corría la espina dorsal cuando llegaba a mis manos una tarjeta rebotante de dorados, con su corazón recortado y su espolvoreado de marmaja, en la que entre lacitos y querubos

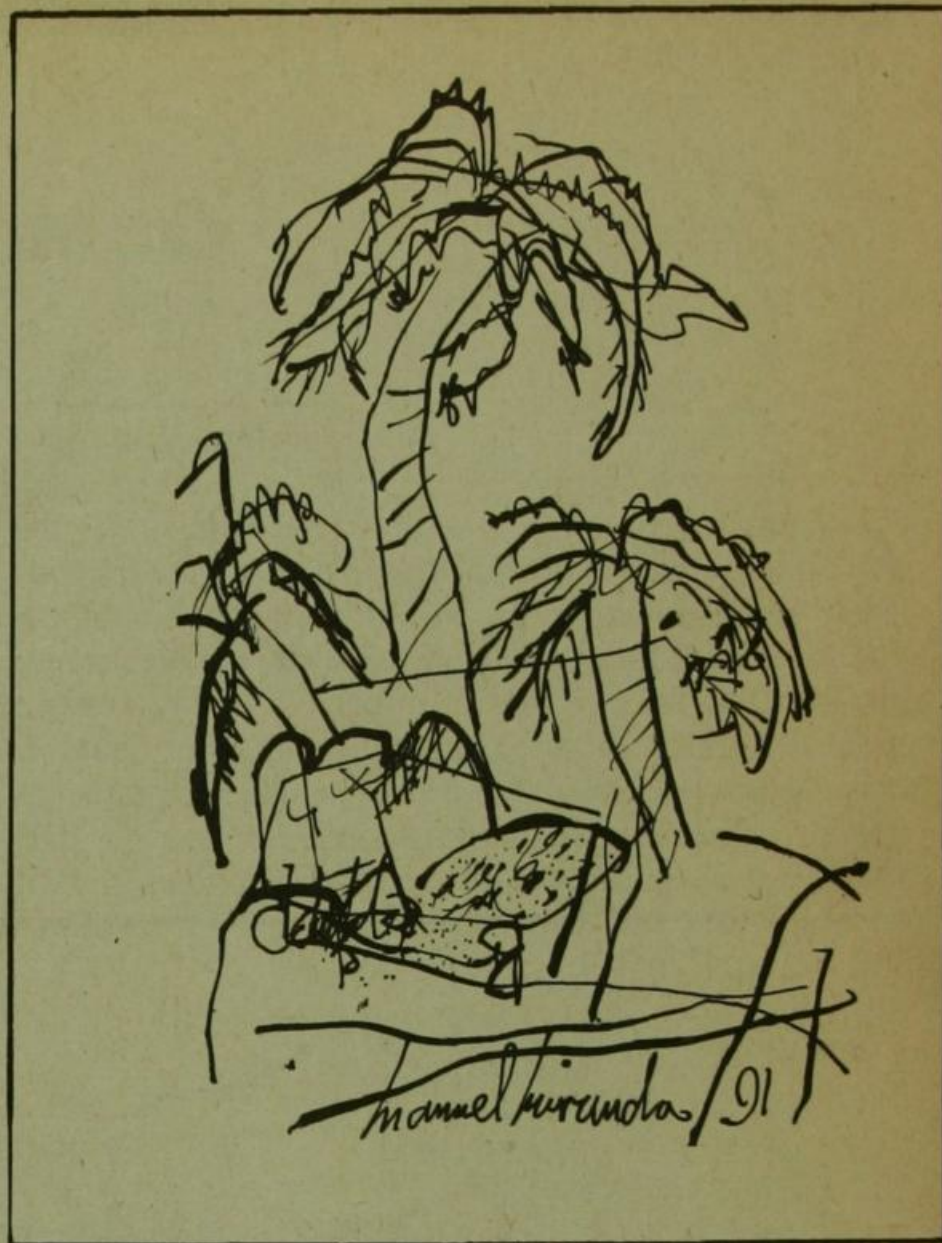
mencionado hasta los ensayos de unos vales que ya en mi época considerábamos *out*. Cuantimás las nuevas generaciones.

Sin embargo todo ello me despierta ternura como dije antes, y cierta imprecisa nostalgia. Y no es que mis 15 años tuvieran nada que ver con pasteles y vales. Mis 15 acontecieron en plena Guerra Mundial (la Segunda, por favor), y las celebraciones eran más bien simbólicas. Pero no todo el mundo cumple años en Casablanca y yo los cumplí. Casablanca, el puerto marroquí, protectorado francés, lleno de moros protegi-

dos por los franceses, que al mismo tiempo que los protegían, los discriminaban y los explotaban con ese *savoir faire* que tienen los franceses de la *Liberté, Egalité et Fraternité*. Ahora Marruecos ya es libre y los antes protegidos radican en París donde son explotados y discriminados con el mismo *savoir faire* de la época colonial. Esto a los 15 años no se percibe claramente, pero lo que sí era muy claro era el profundo asco que los moros sentían por los de piel paliducha como la mía. Pálida más que por los genes celtíberos y carpetanos de mis ancestros, por la anemia cultivada gracias a racionamientos de guerra más efectivos que las dietas de cualquier nutriólogo de moda. Esto del pigmento siempre me ha causado un sentimiento de inadecuación: en Francia era catalogado como *brun, brunet, morenito*, con una entonación que me daba a entender que yo pertenecía al Africa que empezaba cruzando los Pirineos. Y en México he sido frecuentemente localizado como *el pinche güerito*.

Pero volviendo a mis 15, cuando el tal evento Casablanca no gozaba de más prestigio que el de ser un puerto importante de un país poco importante, colonia del país más importante del orbe. Pero después, gracias a Ingrid Bergman y a Hollywood (más a la primera que al segundo), y también a Humphrey Bogart, valioso impulsor del tabaquismo en su época, la ciudad adquirió un *glamour* que yo exploté bastante en mis tiempos de preparatoriano. A decir verdad mi conocimiento de Dar El-Beida (así se llama en Arabe. Aportación cultural), se limitó a lo que pude ver en el trayecto del muelle al campo de concentración de Ain Sebba, en un autobús que recuerdo mucho cuando viajo en los camiones polleros de las rancherías. Ain Sebba era una bellísima playa, casi virgen en aquel entonces, quién sabe a estas alturas cómo la haya tratado la vida, con un mar que reflejaba una paz digna de una encíclica. No importa que algunas millas más allá se supusiera que submarinos de unas y otras banderas esperaran nuestro embarco para torpedearnos. Por lo menos eso era lo que los gendarmes franceses nos decían con escurrimientos de saliva entre los colmillos. Los moros no nos decían nada porque no hablaban español y lo que ellos catalogaban como francés ni el Mariscal Petain lo hubiera entendido, y eso que se pudo entender hasta con los alemanes.

En esa playa comí por primera vez saltamontes, asados, grandes como camarones, la versión africana del chapulín, lo que me permitió paladear con gusto los de Oaxaca. Los árabes nos los invitaban, posiblemente con la esperanza de que muriéramos y les devolviéramos El Andalus. Yo no morí ni ninguno de mis compatriotas tampoco, básicamente porque todos se negaron a comer *semejante porquería*. Pero a los 15 años y después de no comer más carne que la de los gorgojos que emergían de las lentejas que nos daban en el campo de concentración de Cehilles Roque-



redonde, de donde yo venía, hasta los saltamontes musulmanes me parecían apetitosos.

El día que cumplí los 15, los primeros, pues desde entonces los he multiplicado varias veces, mi padre consiguió, quién sabe por qué artes, unos dátiles. No recuerdo de dónde salió el dinero, escasisimo entonces, ni de quién logró hacerse entender para que se los trajeran de Casablanca, pues en Ain Sebba no había nada. Nada más que la bazofia cotidiana y saltamontes. . . y mi familia se negaba a comerlos.

El mismo día llegó la noticia de que salíamos rumbo a México, donde se acabarían los campos de concentración, el hambre y la amenaza de las bombas nazis. Nos quedaban por enfrentar los submarinos, los aviones y los tiburones que la policía francesa nos publicitaba con entusiasmo. Pero todo era preferible a lo que dejábamos atrás. Ese fue mi regalo de cumpleaños: unos dátiles y un viaje.

Por eso los 15 años, los ajenos, claro, me despiertan nostalgias. Nostalgias de playas, de algún beduino en su camello brindándome saltamontes, de océanos desde los que no se mira hacia atrás. Y de dátiles, muy dulces y traídos de Dar El-Beida.

Por todo esto, los 15 años de *fem* (sin hielo seco ni olanes reposteros), me trajeron nostalgias y ganas de recuperar recuerdos. Y muchos deseos de que éstos sus primeros 15 años estén llenos de dátiles dulcísimos y que sigan adelante en su barco continuando el mejor de los viajes.